

TRIBUNA ABIERTA

LAS TRANSFORMACIONES DE LA DEMOCRACIA

FERNANDO VALLESPÍN*

Las transformaciones de la democracia

El objeto de este artículo es señalar cuáles son los factores que están condicionando el ejercicio de la democracia tal y como aparece hoy en su traslación práctica. Para ello nos fijaremos en lo que consideramos que son sus dos principales causas: lo que aquí calificamos como la «crisis de la acción política», derivada de los condicionantes que afectan a un Estado postsoberano, y las transformaciones que están imponiendo las nuevas tecnologías sobre el funcionamiento del sistema representativo, los partidos políticos y la conformación de la opinión pública.

PALABRAS CLAVE

Democracia, Política, Economía, Globalización, Nuevas tecnologías, redes sociales.

The transformations of democracy

The aim of this article is to explain the main factors that condition current democratic practices and contribute to its new transformations. In order to offer an explanation of these changes, it focuses on two of its main causes: first, what we here refer to as the «crisis of political action», which derives from the restrictions that markets and other structural dynamics impose upon the present post-sovereign state; and, second, the impact that new information technologies are having on the traditional representative system, political parties and the new shaping of public opinion.

KEY WORDS

Democracy, Politics, Economy, Globalization, New technologies, Social networks.

Fecha de recepción: 15-9-2015

Fecha de aceptación: 30-9-2015

Obsérvese que el título de este artículo no alude a la crisis de la democracia, sino a sus «transformaciones». En cualquier caso, ya se hubiera optado por una u otra denominación, el resultado hubiera sido el mismo. Desde que existe, la democracia está en continua mutación y no hay década en la que no aparezca una pléyade de trabajos anunciando su «crisis». Aplicar cualquiera de estos términos al sustantivo «democracia» resulta, en efecto, ciertamente tautológico. Con todo, los cambios que hoy se observan en el funcionamiento de esta forma de gobierno inciden sobre aspectos sustanciales que están presentes, sobre todo, en la mayoría de las democracias más avanzadas del mundo. Entre ellos figura la creciente desconfianza en los partidos políticos y en la clase política como un todo, el giro hacia nuevas formas de populismo —de hecho, los únicos partidos que han avanzado electoralmente en Europa en la última década han sido los de este signo—, o la creciente tecnocratización de las deci-

siones políticas, que contrasta con el giro populista anterior. De ahí que tienda a afirmarse con cierta simplificación que la política democrática oscila actualmente entre la tecnocracia y el populismo. Todo ello bajo el trasfondo del impacto de las nuevas tecnologías de la información, que están sacudiendo las bases sobre las que se configuraba el espacio público tradicional y están teniendo una formidable repercusión también sobre el funcionamiento del sistema representativo tal y como veníamos conociéndolo.

Sin apenas percibirlo hemos pasado de una «democracia de partidos» a una «democracia mediática o de audiencia»¹ y de esta a una nueva forma para la cual aún nos falta el término adecuado. Según dónde se ponga el foco, aquélla podría caracterizarse como una «democracia de enjambre»² si el énfasis recae sobre el nuevo papel de las redes sociales y el ruido que provocan en el ciberespacio, así como

* Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.

¹ A este respecto, véase, MANIN, Bernard: *Una teoría del gobierno representativo*, Madrid: Alianza, 1998.

² HAN, Byung-Chul: *En el enjambre* Barcelona, 2014.

sobre los aspectos menos racionales, más estetizantes y emocionales de la opinión; «democracia de fachada»³ o «posdemocracia guiada por el mercado financiero global»⁴, si nos fijamos más en los nuevos condicionamientos que la globalización económica impone a la política contemporánea, limitada en su capacidad de acción y guiada por el solipsismo tecnocrático; o «posdemocracia» a secas, si, como sostiene C. Crouch, a todo lo anterior se une el protagonismo de un conjunto de élites, nacionales y transnacionales, cuyo protagonismo en el proceso de la adopción de decisiones ha desbandado claramente ya a la ciudadanía corriente.

Sea como fuere, lo importante no es cómo la denominemos, sino cuáles son los factores que contribuyen a su transformación, creando las «desfiguraciones»⁵ a las que hoy asistimos en su práctica y plasmación concreta. Y esto es lo que va a tratar de desentrañar este artículo. Va de suyo que no podemos aspirar más que a una presentación sintética y limitada a subrayar los elementos que creemos cruciales.

1 · LA CRISIS DE LA ACCIÓN POLÍTICA

La dimensión fundamental sin la cual no se entiende nada de cuanto está sucediendo es eso que podría conceptuar como la crisis de la acción política. Suele simplificarse recurriendo a una imagen bastante plástica, la progresiva traslación del poder desde la política a la economía, como si se tratara de vasos comunicantes; o, si se quiere, de la colonización de la política por la economía. La sintomatología es, sin embargo, bastante más compleja. Habría que definirla a partir de todos los factores que han puesto en cuestión el ejercicio de la soberanía de los Estados: desde el aumento de las interdependencias, ya sea por los procesos de unificación supranacional o como efecto casi automático de la globalización, hasta el incremento de la complejidad de las decisiones políticas, que han adquirido una naturaleza cada vez más tecnocrática. El resultado es que la política aparece como mera

administración de un sistema que ya no sabe ni puede controlar por sí misma. Su tradicional capacidad para proteger a la sociedad, guiarla y emprender reformas depende ahora de instrumentos que se escapan a sus recursos habituales. Hoy la política transmite la imagen de estar privada de la posibilidad de decidir *cómo* debe gobernarla. El Estado, la unidad de acción política por excelencia, aparece sujeto a los constreñimientos que le imponen otros Estados —como en la Unión Monetaria Europea—, los «mercados», o todo un conjunto de imperativos sistémicos sobre los que ya no tiene control.

Por decirlo en otros términos, el poder, la energía sustancial de la que se nutre la política, ya no reside exclusivamente en el sistema político. Nunca lo estuvo, desde luego, pero antes al menos había sujetos soberanos con capacidad para conformar a la sociedad desde un centro y de arriba abajo. Hoy vivimos en una sociedad mundial con procesos de producción y de comunicación globales, pero la política sigue siendo sustancialmente «local», particularista, reducida al Estado-nación. La consecuencia es que el Estado se ve confrontado a problemas que casi nunca han sido creados u originados exclusivamente por él; no lidera un proyecto propiamente dicho, sino que se mueve a remolque de contratiempos, percances o circunstancias en las que se ve envuelto sin saber muy bien por qué, pero a los que inevitablemente le toca compensar. En una acertada metáfora del filósofo Peter Sloterdijk⁶, el Estado aparece como un gran «servicio de averías» que debe reparar los destrozos, contratiempos o circunstancias en las que se ve envuelto sin saber muy bien por qué, pero a los que inevitablemente le toca ofrecer una respuesta. Se gobierna a remolque de los problemas, a la defensiva y reparando fallas y accidentes surgidos en espacios fuera de nuestro dominio —que interfieren además con los de cosecha propia—, pero de los que en todo caso no nos podemos desentender. Como salta a la vista, las soluciones son casi siempre precarias, provisionales, insuficientes. Toda decisión tiene repercusión inmediata sobre otras esferas. La nueva gobernanza se está mostrando como un formidable desafío en el que interaccionan política, economía, diferentes niveles de gobierno e intromisiones varias de una pluralidad de actores, por no mencionar la propia interferencia de las nuevas tecnologías.

3 STREECK, Wolfgang: *Gekaufte Zeit: Die vertagte Krise des demokratischen Kapitalismus*, Frankfurt, 2013. HABERMAS, O. Jürgen: «Demokratie oder Kapitalismus? Vom Elend der nationalstaatlichen Fragmentierung in einer kapitalistisch integrierten Weltgesellschaft», en *Blätter für deutsche und internationales Politik*, 14 (5), 2013, págs. 75-86.

4 OFFE, Claus: «Zweieinhalb Theorien über den demokratischen Kapitalismus», en *Transit*, 44: otoño, 2012.

5 URBINATI, Nadia: *Democracy Desfigured. Opinion, Truth and the People*, Cambridge: Mass., 2014.

6 SLOTERDIJK, Peter: *Die schrecklichen Kinder der Neuzeit*, Francfort, 2014.

La gestión de lo público siempre ha sido difícil. El punto al que me quiero referir aquí es, sin embargo, otro. Me refiero a la necesidad de gobernar bajo condiciones *democráticas*. Porque a nadie se le escapa que la democracia presupone que podemos tener algo que decir respecto de las decisiones que más nos afectan. Hoy nos encontramos, sin embargo, con que las decisiones que tienen un efecto más directo sobre nuestra vida se escapan a todo control por parte de la ciudadanía. Y se produce así una *descompensación entre el principio de legitimidad democrática y los requerimientos de la eficiencia económica*, entre la expresión de la voluntad popular y las necesidades derivadas de ajustarse a los imperativos que rigen en la economía europea e internacional. El ejemplo más sangrante de esto lo acabamos de contemplar en el contraste entre el mandato ciudadano que obtuvo el gobierno de Syriza y lo que luego ha sido capaz de llevar a la práctica. Por no hablar de cuál fuera el destino de la decisión popular en el referéndum convocado por Tsipras; acabó siendo irrelevante. Y, como sabemos bien, algo similar es lo que ha ocurrido con otros países deudores desde la crisis. Los países acreedores, sin embargo, al menos aquellos que se encuentran en la zona Euro, no dejan por ello de sentirse entrelazados también al destino de los menos eficaces desde una perspectiva económica. Podrán tener más capacidad de decisión, pero se ven igualmente atrapados por las nuevas interdependencias. O eso es al menos lo que piensan los contribuyentes alemanes, holandeses o fineses.

La contradicción que acabamos de ver puede plantearse como un *problema de ámbito* o escala de la democracia: la decisión democrática se restringe casi siempre al espacio nacional, pero los constreñimientos que la afectan provienen de otras fuentes. De ahí que sea imposible un liderazgo europeo propiamente dicho. Cada líder de los países de Europa se siente responsable ante su propio electorado, no ante un invisible e indefinible *demos* europeo propiamente dicho. Por consiguiente, estamos ante una soberanía limitada que se traduce en una democracia demediada.

Parte de este mismo fenómeno es la presentación de las opciones que se abren a la acción política a partir de consideraciones *tecnocráticas*. El problema de la tecnocracia deriva del fulgurante aumento de la complejidad, que ha provocado la disolución de las fronteras que separan fines y medios. Lo que es *factible* técnicamente remplazaría así a lo que es *deseable* políticamente; se hará, como diría Rajoy, «lo que hay que hacer». Los dictados del conoci-

miento experto al servicio del statu quo se imponen así sobre las preferencias de los ciudadanos, siempre subordinadas al imperio de quienes predicán poseer la decisión «correcta». Y es bien sabido que la democracia sobra allí donde no hay alternativas o donde no cabe la pluralidad de las «opiniones», donde hay una única decisión posible.

1.2 · La escisión entre política y administración

El resultado de este escenario es que estamos asistiendo a una ruptura cada vez más clara entre política y administración. El tipo ideal de política se asocia a lo contingente, al conflicto de intereses, valores y concepciones del mundo, a su irreducible contenciosidad. Pero también, sobre todo en el caso de la política democrática, a la promesa de que es posible una acción colectiva capaz de hacernos dueños de nuestro destino, de que el gobierno del pueblo consiste precisamente en eso, en trasladar a medidas concretas sus deseos y aspiraciones. Hay, desde luego, concepciones mucho más cínicas de la democracia, como la que la reduce a un mero método de acceso al poder. La que me interesa resaltar aquí es la otra, la más ajustada al proyecto de la Ilustración, la que la vincula a la capacidad del hombre para decidir cómo quiere vivir. Es, qué duda cabe, la extensión del control prometeico del ser humano sobre la naturaleza al ámbito de la sociedad. Política sería, por tanto, lo que nos permite actuar como colectivo; establecer nuestros fines y enhebrar después los medios para alcanzarlos. Esto último, la mera gestión de los medios, es lo que propiamente competiría a la *administración*.

Por desgracia, esta es la «vieja política». Como he dicho antes, los medios, lo que es «factible», se han adueñado hoy de los fines haciéndolos dependientes de ellos. Esta sería la «nueva política»; o sea, la no-política. La autonomía de lo político se habría desvanecido ya detrás de la mera gestión tecnocrática y de los imperativos de todo un conjunto de subsistemas sociales.

Pero no nos precipitemos. La vieja política sigue presente, aunque ahora ya más como un fantasma o como la luz que nos llega de estrellas muertas; o, si se prefiere, como mero simulacro. Pervive en sus proclamas, retóricas y rituales. Si no, no sería posible el funcionamiento de la democracia. El código gobierno/oposición sigue vivo, el ritual de las elecciones, con sus múltiples propuestas, persiste como esperanza de acceso a una alternativa, y la crítica y la discusión permanente son todavía parte sustan-

cial de nuestro espacio público. Lo más importante, pero también lo más enojoso para el nuevo orden, es que ese fantasma o simulacro no puede dejar de interferir en lo que se predica como absolutamente imprescindible, la entrega a lo dado como lo único posible. Si observamos las diferentes reacciones habidas ante la crisis, en todo momento han estado presentes consideraciones *políticas* larvadas que se escondían detrás de supuestas decisiones *necesarias*. Todos los gobiernos más afectados por la crisis han seguido un tempo en la aplicación de las reformas impuestas que se ajustaba tanto a criterios impuestos por la temperatura de la política respectiva como a las disciplinas técnicas. Por poner un ejemplo, el propio Rajoy, tan insistente en que sólo se puede hacer lo que hay que hacer, al llegar este año electoral comenzó a aliviar milagrosamente sus políticas de restricción del gasto a la par que bajaba los impuestos. Resulta, así, que la política se enfrenta a una doble restricción, la derivada de los condicionantes sistémicos —económicos, en este caso—, y la que proviene de los límites que establece la política democrática —necesidad de justificación pública, cortoplacismo electoral, afectación de intereses específicos de las clientelas electorales que sostienen al partido en el gobierno, etc.—. No hay, por tanto, una pura «subordinación» del decisor a los dictados de los expertos o de otras «fuerzas», pero tampoco una plena libertad para ajustar su acción a lo querido por la sociedad. En otras palabras, la sujeción sistémica de la acción política es doble: por un lado, a los requerimientos del sistema económico, pero por otro también a los del más propiamente político-democrático, reñido en su esencia con los constreñimientos radicales a la acción.

Esta tensión es perceptible en todas las democracias y es, a la postre, la que ha puesto en marcha la aparición de fuerzas emergentes, claramente en la izquierda, que reclaman la recuperación de los elementos *normativos* de la democracia. «Lo llaman democracia y no lo es», ¿recuerdan esta divisa del 15-M? Curiosamente, aquellos que reivindicaban *la vuelta* a lo que hace un momento hemos calificado como vieja política se presentan como representantes de «lo nuevo». En un interesante giro semántico, quienes se predicaban como «nuevos» lo que en realidad buscan es el retorno a la época de la vieja acción política y a la promesa que subyace en el concepto de democracia. Y son muy conscientes de que el enemigo a batir es el que se esconde detrás de la retórica de que no hay alternativa. No es de extrañar así que el lema elegido por Obama fuera el

Yes we can, o que una de esas fuerzas emergentes lleve el nombre de *Podemos*. Si no *pudiéramos* la democracia sólo sería posible —y esto ya lo hemos dicho— como mera administración.

Luego volveremos sobre ellos, porque han tenido la virtud de recuperar esa tensión perdida. La cuestión ahora es ver si en verdad «podemos» o «cuánto podemos». Porque, a la vista de lo conseguido por Obama, su lema funcionó más como una magnífica divisa electoral que como una efectiva realización de sus promesas. Lo que al principio se vio como una sorprendente energía que emanaba de las bases populares se estrelló al final contra las rocas de los poderes de siempre. El poder horizontal del pueblo lo elevó a la cima de la presidencia de los Estados Unidos; una vez al mando, sin embargo, fueron los poderes jerárquicos de siempre los que se encargaron de pilotar su gestión. Y estamos hablando del país más poderoso del mundo. En los más periféricos ya sabemos lo que ocurre, como casi cotidianamente estamos observando en Grecia, ese país donde la izquierda utópica ha mutado en meses hacia otra versión más de «izquierda sistémica».

1.3 · Democracia y capitalismo

El aspecto concreto en el que Obama rompió con las expectativas fue en su intento por domar el poder de la economía financiera. Por ahora esto no lo han conseguido ni él ni nadie. Aquella sigue reinando sin apenas control gracias a los imperativos de la competitividad en la economía internacional, que subordina cualquier otro fin a sus dictados, ya sea la justicia social u otro valor que entre en colisión con lo que se exija en cada momento. Consecuencia de ello es la creciente imposibilidad de aplicar con eficacia los instrumentos tradicionales del Estado de bienestar —políticas sociales, mecanismos de asignación de los recursos a través de pautas de justicia distributiva— a una situación de creciente menesterosidad social. Con cierta simplificación, porque se tiende a subrayar el gran predominio de lo económico sobre otras dimensiones de la complejidad sistémica, esta cuestión se suele reconducir a la *contraposición de democracia y capitalismo*, por decirlo en los términos de Wolfgang Streeck⁷. La imagen que proyecta esta situación es que no son los *votantes* quienes en realidad deciden el curso de

7 *Op. cit.*

una sociedad, sino los mercados —*voters versus markets*, como dice su eslogan—.

La democracia en la que piensa Streeck es la de la era gloriosa del Estado de bienestar que siguió a la Segunda Guerra Mundial y se fundó sobre el pacto social-democrático: pleno empleo, crecimiento estable, mecanismos de negociación neocorporatistas, fórmulas eficaces para garantizar la justicia redistributiva. En los cuarenta años pasados desde entonces, siempre según el mismo autor, todos los movimientos han ido dirigidos a alimentar las necesidades de acumulación del capital a costa de los avances sociales habidos en el período anterior. Hoy estaríamos ante un modelo hayekiano que reduce la democracia a poco más que a un ritual vacío, inerte ante el avance de la codicia institucionalizada, de su afán depredador y su inmensa capacidad para someter a un chantaje institucionalizado a los gobiernos. Habría mutado en eso que predica Merkel, una mera «democracia ajustada al mercado» (*marktkonforme Demokratie*). Esta encontraría su mejor expresión en los propios dictados del BCE y la ortodoxia económica del euro con sus políticas de austeridad, de reformas que se traducen en la reducción de salarios y la restricción del gasto social, la recapitalización de los bancos y la consolidación fiscal.

La «justicia del mercado», la capacidad relativa para adaptarse a sus imperativos por parte de los diferentes países, ha hecho trizas todo intento por imponer la «justicia social». Hayek ha vencido a Keynes. La democracia, siempre asociada al Estado-nación, está privada de la capacidad para actuar sobre su verdugo, la economía financiera global. Todo Estado se encontraría ahora sujeto a dos soberanos simultáneos: sus propios ciudadanos, organizados a partir de los *demoi* nacionales, y los «mercados», que campan más allá de las fronteras y eluden casi cualquier control político. Antes los mercados se incrustaban en los Estados, se plegaban a ellos y a los dictados de sus gobiernos; ahora, en tiempos de la mundialización, ocurre lo contrario, son los Estados los que se han integrado en la lógica del capitalismo y se pliegan a las pautas dominantes de aquella.

En Streeck puede percibirse bien la añoranza de la política perdida, la buena vieja política. Quizá por eso mismo, como percibimos también en otros, no hay lugar para una salvación europea de la democracia, y menos aún para los perdedores de este proceso, los países del sur, privados ya de su único mecanismo de defensa, la devaluación de la mone-

da. Frente a esto el único antídoto posible es la vuelta al Estado-nación y a otro modelo de desarrollo, lejos del hedonismo consumista y de la desenfrenada persecución del interés propio por parte de las nuevas élites financieras. Europa se ha convertido así en una «democracia de fachada» en la que la «comunidad política se presenta como una comunidad del dinero con la unidad monetaria como totem; o, mejor dicho, el patriotismo del dinero como forma histórica prioritaria y sustitutiva de un patriotismo constitucional, cuando no como forma de vida»⁸. Es lógico, pues, que estallen las reticencias entre los Estados socios del norte y el sur o la enemistad entre los propios ciudadanos. Visto lo visto, Europa no es la solución, sino una de las fuentes de los mayores problemas. Obsérvese, por cierto, que en esto último coincidiría con lo que vienen predicando los partidos de extrema derecha en toda Europa.

Otros autores —y yo me encontraría entre ellos—, a este respecto opinan justo lo contrario. Como dice Habermas⁹, por ejemplo, la única solución, para salir de esta situación es, precisamente, mediante la profundización del proyecto europeo y la reestructuración del sistema democrático en el continente. Sólo de esta manera se podrían compensar las distorsiones entre lo que Streeck llamaba la justicia del mercado y la justicia social, y se podría pensar en una UE que dejara de estar de rodillas ante la «confianza de los mercados» y los dictados tecnocráticos que sobre los parlamentos nacionales ejercen los supuestos expertos de Bruselas. De lo que se trata es de «ganar tamaño» para poder imponer una voz propia en el concierto de la nueva organización de las interdependencias globales y volver a dotar de combustible a la democracia, ahora trasladada más eficazmente al espacio supranacional.

Lo que sí parece cierto, como bien observa Claus Offe¹⁰, es que este nuevo «régimen» carece de teoría normativa alguna que lo sustente. Contrariamente a lo que ocurría con quienes propugnaban el liberalismo o el Estado de bienestar, ahora no hay una doctrina o teoría política con capacidad para dar razones de «por qué este nuevo orden sea bue-

8 STREECK, Wolfgang: «Vom DM-Nationalismus zum Euro-Patriotismus», en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 14 (5), págs. 87-104, 2013; pág. 88.

9 HABERMAS, Jürgen: «Demokratie oder Kapitalismus? Vom Elend der nationalstaatlichen Fragmentierung in einer kapitalistisch integrierten Weltgesellschaft», en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 14 (5), 2103, págs. 75-86.

10 *Op. cit.*

no». Porque, bien mirado, no estamos en presencia aquí de un «neoliberalismo» propiamente dicho, ya que es inmune a los controles políticos que dicha doctrina imponía para garantizar la lucha contra los monopolios u otras restricciones necesarias para el buen funcionamiento del mercado y la protección de los derechos individuales. La nueva justificación de este orden sería una «media teoría», ya que se limita a aceptar esta situación como algo dado, algo frente a lo cual no cabe una respuesta democrática. Y «la operación de esta lógica comienza con la negación categórica de la existencia de cualquier tensión entre los derechos del pueblo y los derechos de propiedad, de la justicia social y la justicia de mercado»¹¹.

2 · POLÍTICA Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

El modo de producción de la vida material determina la vida social, decía Marx. O, si se quiere, la base material condiciona la forma de ver el mundo. Lo característico de nuestros días es que esta base material se ha transformado a ojos vista como consecuencia de la aparición de la tercera revolución tecnológica. Uno de sus efectos ha sido el posibilitar la globalización, con su recomposición radical de lo político. Y sus consecuencias son también perceptibles en muchos otros aspectos que están reorganizando de un modo decisivo el funcionamiento de la democracia. No tengo espacio suficiente para entrar a fondo en este tema inmenso. Bastarán algunos ejemplos, aunque advierto ya que aquí nos encontramos ante un terreno poco firme, más cargado de perplejidades y ambivalencias que de certidumbres. Y advierto también que en la ya clásica distinción entre ciberoptimistas y ciberescépticos¹², tiendo a incluirme cada vez más entre estos últimos. Quizá por el destino que han venido sufriendo los recientes movimientos de movilización social y política —desde la Primavera Árabe, pasando por el 15-M hasta los que tuvieron lugar en Grecia, Israel y otros países—. Sus resultados no consiguieron cubrir en ningunos de los casos las múltiples expectativas que generaron, aunque quizá sea demasiado pronto para afirmarlo con rotundidad.

Sea como fuere, las nuevas tecnologías de la comunicación han tenido tres importantes consecuencias para el funcionamiento de la política. La primera se plasma en una reorganización drástica del espacio

público. Las redes sociales han devenido en una nueva esfera pública capaz de emanciparse de muchas de las restricciones impuestas por los medios de comunicación tradicionales. La segunda, resultado directo de lo anterior, es que permiten nuevas formas de comunicación entre sociedad y política en las que los instrumentos tradicionales, los partidos y los medios de comunicación ya no son imprescindibles a la hora de conectar a los ciudadanos con los políticos o la política. Es lo que aquí contemplaremos como una crisis de representación. Y la tercera consecuencia alude a la inmensa capacidad de las redes para enlazar a individuos aislados y facilitar la aparición de *nuevos movimientos sociales* que han tenido su traducción en amplias expresiones de protesta ciudadana en las calles y plazas de todo el mundo y han contribuido, como dice Manuel Castells¹³, a dar la batalla por revertir las pautas del nuevo poder, la construcción de significados en las mentes de las personas. Estos tres fenómenos están claramente conectados entre sí y permiten que, desde una perspectiva de conjunto, puedan ser vistos como señales de eso que ahora se llama la «nueva política», al menos de aquella que más tiene que ver con lo simbólico-expresivo que con lo más propio de la gestión cotidiana.

2.1 · La reconstrucción del espacio público:

El «giro digital» (*digital turn*) ha propiciado la aparición de nuevos lugares de debate y comunicación política en blogs y redes sociales que están poniendo en cuestión el espacio público «tradicional»; es decir, aquel conformado por medios de comunicación como prensa, radio y televisión. Estos últimos sufren hoy un proceso de pérdida de *auctoritas* derivada del inmenso efecto provocado por la centrifugación de la información y, sobre todo, de la opinión. Siguen siendo quienes ponen el escenario en el que las sociedades contemplan su vida política. Pero ya no lo monopolizan; ahora deben compartirlo con la nueva comunidad virtual.

Se dirá que, en efecto, estas presencias del demos son bastante caóticas y, sobre todo, nos ofrecen un público fragmentado en «esferas públicas desorganizadas»¹⁴. Contrariamente a lo que ocurre en el espacio público ordinario, resulta casi imposible que estas se sincronicen a la vez sobre los mismos temas y preo-

¹¹ *Ibid.* (sin paginación en versión web).

¹² MOROZOV, Evgeny: *The Net Delusion. The Dark Side of Internet Freedom*, Nueva York, 2011.

¹³ CASTELLS, Manuel: *Redes de indignación y esperanza*, Madrid, (segunda edición revisada), 2015.

¹⁴ HABERMAS, Jürgen: *Ach, Europa*, Frankfurt, 2008.

cupaciones sociales del momento, provocando un alejamiento y dispersión que impide después concentrarse sobre las cuestiones que merecen una evaluación y ponderación entre toda la ciudadanía. Favorece, pues, la dispersión en una pluralidad de *issue publics* o chats donde se reúnen los afines, quienes comparten intereses y objetivos. Salvo quizá en momentos específicos como las campañas electorales, lo que impera son las actitudes centrifugas y la ausencia de filtros eficaces que seleccionen las informaciones fiables.

Las redes sociales son, además, reactivas; no «dialogan» o argumentan, sino que se mueven a base de flujos de halago o descalificación (*shitstorms*), que, como un seísmo, sacuden el espacio público llenándolo de ruido e impidiendo una reflexión serena. Pero su efecto sobre la política práctica es indudable; entre otras razones, porque los medios tradicionales, además de dar cuenta de cuanto acontece, tienden a reflejar la imagen que los acontecimientos de la realidad cotidiana proyectan sobre dichas redes sociales. La realidad virtual acaba cobrando así un estatus similar al de cualquier otra realidad observable. O, lo que es lo mismo, los medios no dejan de observar cómo se observa lo real desde el ciberespacio. Puede que esta sea la razón por la que Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano de moda, hace la exagerada manifestación retórica, parafraseando a Carl Schmitt, de que «es soberano el que dispone de las *shitstorms de la red*»¹⁵.

Como primera conclusión provisional podemos afirmar, por tanto, que la tradicional argumentación pública va dando paso a pautas de comunicación más expresivas, ingeniosas y polarizadas que deliberativas o «razonadas». El ruido muchas veces apaga la fuerza de la argumentación, reducida cada vez más a las grandes marcas de la prensa de prestigio. Pero no es menos cierto que la «política seria» hace tiempo ya que se vio relegada por la banalización de un importante sector de los medios de comunicación tradicionales, más pendientes del espectáculo y el entretenimiento que de las actitudes más reflexivas. O que las redes sociales no sólo sirven para emitir gruñidos, insultar o ironizar sobre el adversario; a través de ellas se transmiten también *links* a sesudos artículos, vídeos de debate político o información sobre nuevos libros. Su efecto es, pues, ambivalente, y así es también como debería ser enjuiciado.

2.2 · Política de la presencia frente a representación política

La propia naturaleza del invento hace que pierda fuerza el elemento «delegativo» que subyace al concepto de representación. Recordemos que «representar» significa «hacer presente algo o a alguien que está *ausente*». En todas las dimensiones de la representación —estar, actuar o hablar *en lugar de* alguien¹⁶— se presupone una «ausencia», la del demos que después de haber «autorizado» mediante las elecciones a sus representantes se retira ya de la primera línea de acción política. Desde luego, siguen presentes en tanto que a los ciudadanos se les encomienda el ejercicio de la *accountability* respecto del rendimiento de sus representantes, pero sólo la volverán a ejercer cuando se les llame a votar de nuevo. De actores en el proceso electoral los ciudadanos pasaban a convertirse en *audiencia* (B. Manin: 1998). Como es lógico, con las excepciones de rigor que nos encontramos en algunos sectores de la sociedad civil que seguían activos en cuestiones de naturaleza política.

Este elemento de la «distancia» más o menos marcada que presupone siempre la relación representativa es lo que está erosionando la «inmediatez» que permiten las nuevas formas de comunicación. El público está hoy siempre presente, aunque ello no afecte a la legitimidad de la autorización de la acción representativa y a la capacidad para actuar de los representantes electos. Del mismo modo en que los nuevos flujos comunicativos han conseguido desbancar el monopolio informativo de los medios de comunicación tradicionales, presionan también para romper las distancias entre representantes y representados. Y esto es particularmente cierto respecto de la dimensión de «estar» o «hablar» en lugar de otros.

Las consecuencias de esta indudable «política de la presencia» de la ciudadanía a través de internet son difíciles de prever. Por lo ya dicho, ha roto el familiar tempo más o menos pausado de la vida política y la tradicional deferencia hacia los detentadores del poder, han provocado una ruptura de la «distancia» que separaba a gobernantes y gobernados. Todo se acelera, el cambio de temas es constante; la comunicación se va envejeciendo a sí misma a una velocidad vertiginosa; no hay tiempo para la reflexión o la programación política pausada —«los

15 *Op. cit.*

16 Véase, PITKIN, Hanna: *The concept of representation*, Berkeley, 1967.

ordenadores son rápidos, la democracia es lenta»¹⁷—; los liderazgos se asientan en la medida en que son capaces de aguantar y perseverar a pesar de diferentes olas de descalificación a la que son sometidos.

De otro lado, pierden fuerza los habituales canales de mediación entre sociedad y política, como es el caso de los partidos políticos. Esto forma parte de la crisis de intermediación a la que asistimos en nuestro tiempo, donde las personas pueden resolver relacionándose entre sí a través de internet lo que antes dependía de toda una serie de instancias intermediadoras. La reorganización desde la base de funciones que hasta ahora venían delegándose en instancias más o menos corporativas y reguladas se han trasladado ya también a lo político. Esto no significa que los partidos vayan a desaparecer tal y como los conocemos, pero no es demasiado exagerado afirmar que les espera toda una reinvencción estructural de su actividad; en particular en lo que hace a su comunicación con sus militantes y simpatizantes. Un público constituido por yoes acostumbrados a entrar y salir de redes o «enjambres» y crecientemente complejo y diferenciado no se deja agrupar ya por adscripciones partidistas más o menos prefijadas. La volatilidad electoral y de opinión está aquí para quedarse.

La cuestión más interesante es, sin embargo, si esta crisis de la representación empujará hacia algo próximo a una democracia directa, a novedosas fórmulas para ir integrando las preferencias de la ciudadanía; o si, por el contrario, los dictados de la imprescindible estabilidad política mantendrán el orden institucional y los mecanismos mediadores más o menos como están. No olvidemos que para Jefferson, y esto comienza a ser una idea que se extiende, la democracia representativa es *popular government of the second degree of purity*¹⁸. Con todo, es todavía pronto para pronunciarse sobre esto con un mínimo de capacidad predictiva, aunque es poco probable que las nuevas condiciones tecnológicas nos lleven a prescindir de la representación y a acceder a la utopía rousseauiana de la identidad entre gobernantes y gobernados. Los partidos y el sistema representativo en general siguen siendo imprescindibles para la democracia. No ya sólo por los imperativos de la división social del trabajo y la creciente tecnocratización de la política, que abogan por la conservación de órganos de representa-

ción en manos de políticos profesionales; también por las dificultades de organización propias de un aparato político estructurado en diferentes niveles y apremiados por una continua asesoría técnica y un orden y colaboración partidista.

Lo único cierto es que hay un indudable debilitamiento del elemento delegativo que choca con lo que antes presentábamos como el fenómeno de la crisis de la acción política. Nunca como en estos momentos se ha facilitado tanto la comunicación entre el *principal* —el representado— y el *agente* —el representante—, que es a lo que se reduce a la postre la relación representativa. Y, sin embargo, y esto es lo paradójico, nunca hemos conocido tampoco una época en la que la política cotidiana sea tan compleja y, como antes decíamos, tan pendiente de fuerzas que se escapan a un control democrático directo. Se podrá decir que en este último caso el *principal* —a quien se representa— se trasmuta en el conocimiento experto, la Troika o los mercados, y el *agente* se convertiría en un mero gestor o administrador de imperativos sistémicos en vez de atender a las preferencias de los electores —lo que quizá fuera el ideal inconfesado de la tecnocracia de la UE—. Esto último es lo que está detrás del famoso «no nos representan» del 15-M.

Lo interesante de todo esto es que ambos fenómenos han entrado en una relación dialéctica entre sí. A mayor tecnocracia, mayor apelación también a su subversión mediante el apoderamiento de «los de abajo», que exigiría, como observamos en movimientos como *Cinque Stelle* o Podemos —grupos muy distintos en otros aspectos—, la plena puesta en práctica de las nuevas tecnologías. En ambos casos, como decimos, la representación, y con ella los partidos, perderían gran parte de su sentido. A ello contribuiría la percepción de que las élites políticas se han distanciado de sus electores al convertirse en una «clase» profesional con objetivos e intereses propios. Pero también otras características que acompañan a la política actual, como que el Estado, ante sus limitaciones financieras, es incapaz de resolver con eficacia los más acuciantes problemas sociales y se limita a ir al arrastre o ejercer de mera instancia compensadora de situaciones que lo sobrepasan o exceden. Lo que hoy predominan son los «partidos de cártel»¹⁹, casi indistinguibles ideológicamente entre sí a pesar de la fiereza con la que

17 BARBER, Benjamin: *A Passion for Democracy: American Essays*, Princeton, 1998.

18 Cfr. en DUMBAULD, Edward (ed.): *The Political Writings of Thomas Jefferson*, Nueva York, 1955.

19 KATZ, Richard/MAIR, Peter (1995): «Changing Models of Party Organization and Party Democracy: the Emergence of the Cartel Party», *Party Politics*, 1, págs. 5-31.

pueda disputarse la competición electoral o entre gobierno y oposición. Esto hace que los partidos estén cada vez más próximos entre sí que de los ciudadanos. Y, cabría añadir, que dicha imbricación en el Estado les facilite una conexión privilegiada con la nueva política marcada por la tecnocratización a la que antes aludíamos.

En política no hay vacío que no se cubra, y el propio sistema de partidos comienza a reaccionar frente a lo que cada vez más se nos antoja como una «gran coalición de facto». Puede que el gran paso para ocupar ese vacío haya sido la fulgente aparición de partidos populistas de derechas y de nuevos movimientos sociales de izquierda. A pesar de las muchas diferencias que los separan, su seña distintiva radica, precisamente, en su cruda crítica a los partidos establecidos, con su arrogancia tecnocrática y su afirmación conjunta del poder establecido. Recogen así tanto el resentimiento hacia la impotencia de la política y el autismo de las élites como todo el cúmulo de temores, desde el desclasamiento de las clases medias, pasando por el temor al futuro hasta la inseguridad creada por la inmigración que observamos en los populismos de la derecha. Y si se presentan como partidos «del pueblo» o de «la gente» es porque ha calado ya en las conciencias esa imagen de los partidos pegados al Estado y a sus propias prebendas.

2.3 · Redes sociales y movimientos sociales

Va de suyo que aquí sólo nos van a ocupar los nuevos movimientos sociales unidos a través de red o que se valen de ella para promover sus fines. Y aunque me interesan sobre todo aquellos que propugnan lo que ahora se presenta como «nueva política» —Podemos y similares—, es preciso comenzar advirtiendo que hay movimientos sociales en red para todos los gustos. Uno de ellos, y esto a veces se olvida, es el propio movimiento independentista catalán, auténtico maestro a la hora de funcionar con las nuevas tecnologías, por no hablar del ya mencionado partido italiano Cinco Estrellas. Son muchos y multiformes, pues, los que podríamos acoger aquí, como también son diversas las interpretaciones que podamos hacer de ellos. Lo que a mí más me interesa, con todo, es su conexión a las facilidades de comunicación proporcionadas por las nuevas tecnologías. Sin ellas hubieran sido casi inimaginables movimientos como los del 15-M o el funcionamiento de grupos políticos como Podemos, que se organiza primordialmente en la red y

halla el aspecto más original de su actividad política en su maestría a la hora de vertebrarse y comunicarse por este medio. El descrédito del *régimen* del 78 ha encontrado también un eficaz altavoz en toda la retahíla de reacciones, más o menos viscerales y expresivas, que se recogen cotidianamente en internet a medida que se van desvelando casos de corrupción, se narran nuevos desahucios o aparecen nuevas medidas del gobierno.

El descontento, que en los primeros meses de la crisis se trasladó a la calle mediante formas de convocatoria a través de la red, puede prolongarse ahora en el ciberespacio sin perder ni un ápice de su eficacia. Se dirá, como de nuevo demuestra el caso de Podemos, que sin la televisión no hubieran acabado teniendo el mismo impacto. Y, ciertamente, dicho medio conserva intacta su capacidad de influencia. Lo novedoso es que cada una de estas apariciones —de Pablo Iglesias, por ejemplo—, es anticipada en las redes sociales, convocando a sus seguidores ante el televisor, y dan lugar a múltiples comentarios mientras se emite el programa o después de su presentación. El efecto sobre el público deviene así en exponencial. Es cierto que en este como en otros casos estamos ante un «efecto rebaño», que su impacto se produce ante todo sobre los ya convencidos. Y en parte es verdad, porque en esta «democracia de enjambre» los grupos se suelen instituir entre afines. Pero hay que tener en cuenta también la repercusión que esto tiene sobre la movilización de los simpatizantes, que introduce la política ordinaria en un estado de alerta similar al de los periodos electorales. Aunque puede que lo más interesante de ellos, como observa M. Castells, sea que la interconexión entre sus simpatizantes nunca desaparece y eso les permite rebrotar una y otra vez. Podemos, por ejemplo, es un brote de un 15-M que todo el mundo daba ya por finiquitado. Muchas eficaces convocatorias de masas desaparecen o languidecen, pero no podemos darlas por muertas. Gracias a la interconexión permanente pueden volver a estallar en otras formas y quizá incluso con otros objetivos, pero ahí siguen. Esto es lo auténticamente novedoso, lo que les hace ser distintos a los anteriores. Y también lo que les proporciona su fuerza.

Este es un aspecto indudable, como también el que dichos movimientos, al menos aquellos que aspiran a una emancipación frente a la opresión o la injusticia, son hoy por hoy la única garantía de un auténtico cambio hacia un mundo mejor —o, cuando menos, distinto—, y pueden operar en todos los ámbitos o escalas de la política democrática; una vez institucionalizados, sin embargo, como recono-

ce el propio Castells, tienden a seguir la senda de las fuerzas a las que se oponen. Su combustible es la confianza que generan en sus seguidores, y si esa confianza es traicionada por sus líderes acaban languideciendo del todo sin necesidad de ser oprimidos. Precisamente porque surgen, al menos en los sistemas democráticos, como formas de reivindicar otra política —y casi habría que decir, la política a secas—, el peligro de que sean cooptados por el sistema una vez que se integran en él está siempre presente, a menos. Ya sea porque se contagien de las prácticas que no nos gustan o porque acaben mostrando la misma impotencia a la hora de recuperar la soberanía de lo político que los actuales dirigentes. Lo ocurrido en Grecia ha sido bien expresivo de las disyuntivas a las que se enfrentan estos movimientos una vez que acceden al poder. Toda concesión se interpreta en clave de rendición, por mucho que nos rasguemos las vestiduras al denunciar el chantaje. La capacidad de intimidación de «los otros de los que dependemos» —llámense Estados o economía financiera— es tal, que los nuevos dirigentes son plenamente conscientes de no ser reelegidos después de una legislatura con dichas fuerzas en contra. Conclusión, se opta por el mal menor. ¿Hay alguna posibilidad entonces para recuperar la alternativa que predicán estas nuevas fuerzas políticas o tenemos que darnos por satisfechos con la mera gestión del orden existente?

A este respecto hay dos respuestas, la optimista y la pesimista. Ambas parten del mismo presupuesto. No hay política sin poder, y ya sabemos desde el comienzo que éste no reside en los órganos institucionales que supuestamente están destinados a ejercerlo. El poder ha emigrado a otro lugar, aunque quién lo ocupa y cómo opera no siempre es fácil de definir. Como le gusta decir a Castells, no sólo se manifiesta en la coacción, ni necesariamente en eso que recibe el nombre de «mercados»; su ejercicio más sutil es el que se ejerce en la «construcción de significados en la mente a través de la manipulación simbólica»²⁰. Ésta es la fuente de poder más estable y decisiva. Por eso, dice, «la lucha de poder fundamental es la batalla por la construcción de dichos significados»; la comunicación es el espacio del poder, y las nuevas tecnologías nos ofrecen un instrumento óptimo para incidir sobre aquellos. Pero lo que lo moviliza son las emociones, sobre todo la indignación y la esperanza. Indignación por la injusticia, la miseria y las «promesas incumplidas de la democracia» (Bobbio); y la espe-

ranza, como proyección de acontecimiento hacia el futuro, como expectativa de un mundo mejor.

Mediante un adecuado enlace de emocionalidad para motivar y un frío análisis político para definir la estrategia es como emprenden su lucha estos nuevos movimientos, empeñados en trasladar la energía y la visión del mundo de los movimientos ciudadanos a los mayores espacios posibles. Pero no nos olvidemos que no hay palacio de invierno que pueda ser asaltado sin antes convencer al suficiente número de personas para hacerlo por vías pacíficas. Ahí es donde reside potencialmente el *contrapoder*. Parafraseando a Leonard Cohen, primero tomamos las mentes, después tomamos el Parlamento. O, más correctamente: primero tomamos las mentes, después accedemos al poder y desde allí recuperamos la capacidad para la acción. No nos engañemos, no hay posibilidad de acción sin poder.

Este es el punto, sin embargo, en el que no coinciden los pesimistas. El éxito del neoliberalismo, como señala Byung-Chul Han²¹, reside precisamente en que él ya se habría ocupado de colonizar las mentes, nos habría vacunado para hacer imposible toda resistencia. La forma más sutil de dominación es ciertamente aquella que tiene la capacidad de prescindir de la coacción y la violencia, la que no se percibe, el «poder estabilizador». Éste formatea nuestras mentes sin necesidad de manipular las emociones, sino nuestro primario impulso hacia la libertad, la individualización y el narcisismo. La autoexhibición en la red, por ejemplo, ofrece multiplicidad de datos sobre nosotros mismos sin que nadie tenga que molestarse en exigirnoslos. Consciente o inconscientemente alimentamos así las estrategias de aquellos que se valen de nuestros movimientos en la red para extraer un conjunto de informaciones que potencialmente pueden usarse después para fines que se nos escapan. Pero es que, además, en clara contraposición a los que antes calificábamos como optimistas, «la comunicación digital hace que se erosione fuertemente la comunidad, el nosotros. Destruye el espacio público y agudiza el aislamiento del hombre. Lo que domina la comunicación digital no es el 'amor al prójimo' sino el narcisismo»²².

La sociedad que habría creado el neoliberalismo es una sociedad en la que el mundo se presenta sólo como proyecciones del propio sujeto. «Sólo hay significaciones allí donde él se reconoce a sí mismo de algún modo»²³. De aquí que este sujeto que se ve dotado de

²¹ HAN, Byung-Chul: *Psychopolitik. Neoliberalismus und die neuen Machttechniken*, Frankfurt, 2015.

²² *La agonía de Eros*, Barcelona, Herder, 2014, pág. 75.

²³ *Ibid.*, p. 11.

soberanía plena sea incapaz de percibirse supeditado a algo que no sea el producto de su propia voluntad o la expresión de sus preferencias. La dominación hoy no se ejerce mediante la explotación, sino por la seducción. Una seducción dirigida a eliminar la negatividad, donde sólo se afirma, como en el *like* de Facebook. Se ha impuesto una cultura del «me gusta» y se ignora todo lo demás. No hay antítesis, no hay un otro. Incluso lo bello se asocia hoy a lo «liso», lo que no tiene aristas. Es lo que tendrían en común tres objetos del deseo contemporáneo como la depilación brasileña, el iPhone o las esculturas de Jeff Koons²⁴. Por eso los políticos tampoco quieren contrariar a los ciudadanos y tratan de adaptarse a sus preferencias como a una lapa. Cuanto más «gusten» tanto más se les facilitarán la labor de gobierno.

Lo más relevante, sin embargo, es la forma en la que esto ha permitido crear un poder estabilizador perfecto que sorprendería hasta a un Foucault. El poder ya no necesita recurrir a la represión, facilita que sean los individuos quienes por sí mismos «internalicen» esta tarea. «*Se controla y mueve a los hombres no desde fuera sino 'desde dentro'*»²⁵. La sociedad del rendimiento no precisa imponer sus disciplinas, son los propios sujetos los que, viéndose como empresarios de sí mismos, emprenden la autoexplotación. Con la ilusión, además, de que se están «autorrealizando». Bajo la cobertura de la libertad individual, la sociedad se ahorra así la promoción de la eficiencia y la productividad. De eso se encarga ya cada cual compitiendo con los demás. Y cuando la dominación se confunde con la libertad sobran ya las ideas de emancipación, resistencia o contrapoder. Si alguien fracasa, la responsabilidad no se dirige al sistema, sino que se atribuye a uno mismo.

3 · UNA SOCIEDAD MUNDIAL HUÉRFANA DE POLÍTICA

Desde luego, no creo que hayamos llegado a tanto. Las resistencias que percibimos frente al neoliberalismo están por doquier. Y mi propia impresión al respecto, como antes tuve ocasión de decir, es que el actual imperio del neoliberalismo sobre la política depende más de la capacidad de chantaje a sociedades enteras que del control de las mentes, de la forma en la que el poder político se fragmenta y dis-

persa en una pluralidad de instancias de acción en el sistema internacional de Estados que de cuestiones «psicopolíticas». La percepción de la creciente desigualdad o de las amenazas que la explotación despiadada del mundo natural tienen para la sostenibilidad del planeta, por ejemplo, es casi universalmente compartida. No es que no seamos plenamente conscientes de las cosas que no nos gustan y desearíamos transformar, el problema es que no sabemos cómo enmendarlas sin que los intereses de unos Estados o de unos grupos humanos prevalezcan sobre los de otros. No es sólo un problema de gestión, es una cuestión esencialmente *política*, de ponderación de todos los intereses en liza y de capacidad efectiva para actuar colectivamente. Lo decisivo sigue siendo el dato de que vivimos en una sociedad mundial pero carecemos de un poder político global con posibilidades efectivas de regularla, no que hayamos cejado en la necesidad de hacerlo.

Concluyo. Como habrán podido percibir, no es mucho lo que los politólogos podemos decir sobre lo que esté pasando, sobre las pautas del cambio. En parte porque, por imperativos de la investigación, nuestra mirada se pierde cada vez más en el escrutinio de lo parcializado. Contemplamos y analizamos todos y cada uno de los árboles, pero nadie se atreve a divisar el bosque. Por eso somos incapaces de ir mucho más allá de torpes análisis como éste. En esto el propio proceso científico-social está siguiendo las pautas que predominan en el objeto observado. Estudiamos las diferentes polis y su funcionamiento interior, pero nadie levanta la mirada hacia la *cosmópolis*.

Sí me gustaría acabar advirtiendo que nos encontramos en tiempos difíciles. Ha vuelto la geopolítica, la economía internacional está renqueante y sobre Europa penden múltiples amenazas conocidas por todos que pueden poner en cuestión incluso avances tales como el Tratado de Schengen. Lo que ahora se llama «nueva política» está impulsado por la necesidad de recuperar la parte más noble de lo político. Y, como ya vimos, se alimenta de emociones positivas como la indignación y la esperanza. Lo que hoy se percibe, sin embargo, es una vuelta de sus aspectos más escabrosos. En parte porque ha retornado el miedo, la emoción negativa por antonomasia. Y ya sabemos desde Hobbes que cuando éste hace su aparición sólo consigue apaciguarse parapetándonos detrás del Estado y las fronteras, justo aquello que hoy ya no nos podemos permitir. Pero no teman, ya saben que los politólogos no nos caracterizamos precisamente por nuestra capacidad de predicción. Espero estar equivocado.

²⁴ HAN, Byung-Chul: *Die Erretung des Schönen*, Frankfurt, 2015.

²⁵ *La agonía de Eros*, pág. 109. Véase también *Die Erretung des Schönen*, *op. cit.*